

ARQUITECTURA

ORGANO OFICIAL DE LA
SOCIEDAD CENTRAL DE
ARQUITECTOS.

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PRÍNCIPE, 16

AÑO I

Madrid, Junio de 1918.

NÚM. 2

SUMARIO

DR. A. ANSELMO GONZÁLEZ (ALEJANDRO MIQUIS).....	La Escuela Ciudad.
PÍO BAROJA.....	Cuenca.
MORA BISSIÈRE.....	Encuesta sobre los actuales problemas arquitectónicos.
LEOPOLDO TORRES BALBÁS	Mientras labran los sillares..... Jornales de los obreros y condiciones del trabajo.
	Libros, Revistas y periódicos.
	D. Buenaventura Pollés y Vivó.

LA ESCUELA CIUDAD

Todas las escuelas que conozco tienen, á mi juicio, un mismo defecto capital: dan demasiada importancia á las clases. Parecerá paradójica esta afirmación, pero basta reflexionar un poco acerca de ella para juzgarla razonable; la clase, como la cátedra ó el aula, que al fin todo es uno y lo mismo, no son otra cosa que supervivencias de una pedagogía arcaica: de la pedagogía verbalista, contra la que todos tronamos y á la que todos, más ó menos contra nuestra voluntad, seguimos rendiendo homenaje. La clase, en efecto, pese á sus mesas alineadas, como soldados en ese orden cerrado que los mismos militares juzgan arcaico para sus formaciones, no es, en definitiva, otra cosa que un *auditorium*, según la llaman en los países de más moderna orientación pedagógica; y el *auditorium* puede ser, y es de hecho, lo excepcional, un sitio á donde van los alumnos y el maestro cuando la labor necesita ser comentada, como iban los estudiantes de *Sor Filomena* desde las clínicas, cuando algún caso ofrecía particularidades notables que no era discreto comentar ante él. Lo fundamental, lo que debe multiplicarse en toda escuela, es precisamente la *clínica*, si se me permite la palabra en un sentido un poco lejano de su etimología y de su uso corriente; los lugares donde se observe y se "haga," no los lugares donde se oiga; los lugares donde sea posible la actividad y el movimiento, no los locales que anquilosen la vida escolar, reduciendo á los escolares á

ARQUITECTURA

la inmovilidad casi absoluta entre los pupitres, herederos directos de las terribles *bancas*, de los clásicos "cuerpos de carpintería", que fueron nuestra tortura hace cuarenta años.

Las concepciones pedagógicas modernas deben tener, por consecuencia, una arquitectura escolar, modernizándola también. Esa modernización debería llegar rápidamente á un cambio completo de base, por virtud del cual viniese á ser principalísimo lo que antes era accesorio; y viceversa.

Con esa orientación se camina, pero ¡con cuánta lentitud! Hay ya escuelas en que las clases no lo son todo; pero aún son siempre lo más importante, y el símbolo de la situación actual puede ser la magna escuela de Ridlerstrasse, en Munich, obra de Hans Graeffel, que tiene en los sótanos los talleres, las clases de trabajos mannales, las de cocina y otras igualmente interesantes.

Cuatro pisos, con nueve clases cada uno, por término medio, dan en aquel monumento idea clara de cuánto es aún el prestigio de la cátedra; sin entrar en sus salas, se adivina que no faltarán en ellas la tarima elevada para el maestro, quién sabe si separada aún del espacio donde han de moverse los miserios mortales, sometidos al tormento de la educación, mediante una barandilla más ó menos luja.

Frente á ese sistema, cabe poner el de cualquier escuela secundaria, técnica de Boston, por ejemplo, en el que el *auditorium* está reducido á un rinconcillo en el taller: á un espacio mínimo suficiente para las que llaman lecciones de demostración; para demostrar ciertos detalles y ciertas prácticas que pueden ser enseñadas en comunidad.

Y es lícito comparar esas escuelas técnicas con las escuelas primarias, porque la escuela primaria es una escuela técnica en que se enseña el más difícil y desechado de los oficios: el oficio de vivir, malo de aprender siempre y más malo aún si ha de aprenderse en cosa tan distinta de la vida como la clase con sus pupitres, que inmovilizan, su horizonte reducido y siempre igual, su pobreza de estímulos físicos, amenguadora aun de los mezquinos estímulos mentales.

Por eso el ideal más humano en materia de locales escolares es... que no los haya. Las escuelas al aire libre, las "Escuelas de Bosque", que dentro de poco tendremos en España en cualquier solar, no requieren, efectivamente, grandes palacios, *kolosales* palacios, como los de Charlottenburgo, por ejemplo, y tienen resueltos todos los problemas de ventilación y de luz, sin fórmulas más ó menos complicadas; requieren sólo refugios para cuando el tiempo sea demasiado inclemente; y poco á poco, el escolar, el niño, va convenciéndose de que las inclemencias, ni son tan duras ni tan frecuentes como se piensa; se hace más recio y duro para resistirlas.

El tipo del *escolar-caracol*, con su estilográfica en el bolsillo y su mobiliario acuestas, que en Roma hemos visto salir de los pabellones Saffi, es un tipo ideal; su escuela puede ser el mundo, sin férulas que imposibiliten los movimientos, con todo el horizonte necesario para que el espíritu se acostumbre á volar; para que una balaustrada, una tarima, un hombre arisco y un muro infranqueable, vistos horas y horas durante toda una infancia, como obstáculos insuperables, no hagan dudar, en las horas de lucha en toda una juventud y una madurez, de la existencia de un más allá, de la posibilidad de avanzar siempre.

La Escuela debe ser una casa donde los escolares sean pocos ó un pueblo donde los escolares sean muchos; una casa-hogar donde se haga la vida de familia y el maestro sea como el padre amante y sabio que enseñe á vivir, que inicie en todas las artes y en todas las ciencias necesarias para la vida, ó un pueblo con muchos hogares, y además, con jardines y talleres, con huerto donde se cosechen frutos y corrales en que canten los gallos, praderas donde trisqueñ las ovejas y reposen tumbadas al sol las vacas, donde haya "palacios de Justicia," y "Salas de reunión," "Casa de Baños," y "Lavadero público,"... donde haya tiendas y mercados y has-

ta kiosco para la música en medio de un jardín, con sillas en torno, y, si se quiere, con sus guardas con bandolera y su cartel en que no diga que se encomiendan las flores á la cultura de los paseantes, porque los paseantes, antes de serlo, habrán sido jardineros, y cuidando las plantas, viendo nacer las flores, habrán aprendido á amarlas, como lo que son, como hijas del propio amor y del propio esfuerzo.

Y en una escuela así, escuela ciudad, sería bello ver maestros jóvenes llenos del ansia de vivir, que no hubieran encerrado ya para *in eternum* sus vidas entre las cuatro paredes de una clase; maestros que hicieran de la Escuela la estación inicial de un viaje por la vida, y otros maestros viejecitos, de retorno ya, en que estuvieran calmados todos los juveniles anhelos que, como dijo el poeta, tuviesen en su cabeza "el polvo del camino de la vida," la nieve de las grandes alturas, desde las cuales se ven los horizontes más amplios, toda la totalidad de la vida.

Una Escuela así parece, ¿quién lo duda?, un poco utópica; pero todos los ideales fueron utopías provisionalmente, y es lógico que lo sea uno más. Desde luego sería lo más opuesto á las Escuelas monumentales del tipo alemán, al que todo el arte arquitectónico no quita por completo el aspecto de cuartel, y en que, á veces, hace falta mirar que no tienen á la puerta las dos garitas rituales para convencerse de que efectivamente no son cuarteles. Sería por eso una Escuela más humana, y hacia ella es necesario ir aproximándose cada vez más y cuanto sea posible, quitando cada día una clase, donde se hace poco más que estudiar, para sustituirla por un lugar, laboratorio ó taller, comedor ó cocina, donde se aprenda, y sobre todo, donde se viva. Cuando eso se haya hecho, habrá llegado el día de la Arquitectura Escolar, que tendrá entonces toda la amplitud de la vida misma, poco compatible hoy con la monotonía de una Escuela hecha toda de clases monótonamente alineadas, iguales en todas partes, en el Norte como en el Sur, en Levante como en Poniente, porque así lo quiere una centralización absurda que dicta reglas generales y aun regula las dimensiones de las ventanas, sin ponerlas de acuerdo siquiera con la intensidad de la luz que por ellas ha de penetrar.

Será el día de una arquitectura profundamente artística, en que el Arte sea como la expresión externa de una vida mejor y más bella, más amplia y más libre, más de acuerdo también con el propio espíritu de los niños y de los grandes, en que aparezca á flor de piel, como en los seres limpios y honrados que nada tienen que ocultar, el alma de los pueblos y de las razas; el día de una arquitectura escolar en que el niño, al entrar en la escuela, crea siempre que entra en su casa, como deben creerlo, por ejemplo, los de aquella escuela de Sevilla en que un maestro artista, el Sr. Talavera, ha sabido conservar el patio andaluz con todos sus caracteres, para que los niños se sientan siempre en su hogar y lleven para toda la vida grabada en el espíritu el alma racial.

DR. A. ANSELMO GONZÁLEZ. (*Alejandro Miquis*)

Profesor de la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio.

